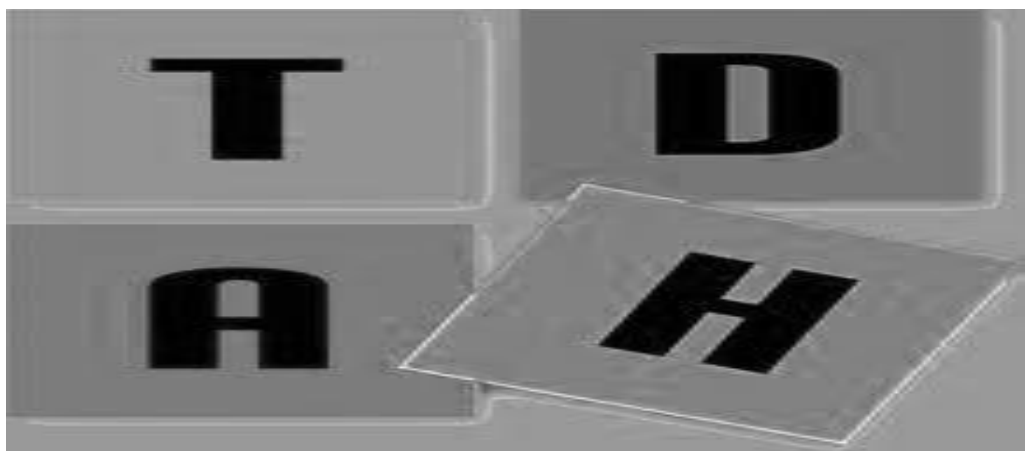




Mow y Shere Kan.

***Si buscas resultados diferentes,
no hagas siempre lo mismo.***

(A. Einstein)

Autor : Jota Elerrea

Mow, a sus ocho añitos, era una hormigonera incansable rumiando travesuras, un motor siempre en marcha con los ojos incansables buscando horizontes sugerentes y las piernas siempre listas para saltar. Cuando salían a pasear acababa descoyuntando literalmente las articulaciones de los brazos de su padre que lo agarraba en un vano intento de impedir que subiera al alfeizar de los escaparates dibujando en los cristales grasientos collages con sus manos siempre pringosas, o que pateara las inofensivas papeleras emulando a algún superhéroe. o que trepara atrevido a las señales de tráfico, o que pellizcara los perros que se acercaban imprudentes a olisquearlo.

Entre las pautas que recomendaban los múltiples terapeutas del colegio o del SAS que habían catalogado con cuatro letras terribles su agotador run run diario, se repetía, de una manera que sólo podía significar acuerdo general, la recomendación de que buscaran para él actividades que pudieran hacerle quemar todo ese exceso de energía que parecía hacerle arder.

La admiración de Mow por los Power Ranger hizo el resto. En cuanto le plantearon la posibilidad de apuntarse para "hacer karate" se volvió loco. Cierto que él ya se imaginaba con un mono enterizo de licra roja, una máscara y un casco sacudiendo cera de la buena a antihéroes de parecida indumentaria y que cuando le dijeron que tenía que ponerse aquella especie de batín blanco tan difícil de atar y ese pantalón tan grande y feo, empezó a sospechar que no lo estaban afiliando a su patrulla magnífica para combatir el mal. A pesar de eso, dio un voto de confianza a su padre y a la actividad.

La sonrisa con la que la que la monitora de karate -que también sabía de yoga y otras disciplinas orientales- le recibió las primeras sesiones fue

menguando a medida que pasaban los días; Mow y Andrés -así se llamaba su compañero de desmanes- convertían cada tarde el tatami del pequeño gimnasio en un ring de Kick-Boxing. Por ello, tuvo que cambiar la estrategia y proponer actividades más propicias al control que la exhibición de fuerzas.

Una tarde, Mow resumía así la sesión a su padre:

-Hoy la profesora nos ha explicado un ejercicio muy chulo que servía para relajarnos.

-¿Sí?- contestó su padre con mucho interés empatizando sin esfuerzo con la mujer e intuyendo su grado de desesperación - ***¿Qué teníais que hacer?***

-Nos teníamos que imaginar los árboles de la selva, quietos, para que sólo los mueva el viento, suavemente y que, de pronto...

- ¿Qué, qué?

- De pronto viene corriendo y rugiendo un tigre y se para entre ellos y ...

-¿Y qué pasaba, qué pasaba?

-Nada, nada, los árboles debían seguir relajados y moverse bailando con el movimiento suave del viento.

-¿Y conseguiste relajarte, Mow? ¿Te relajaste? – suplicando ansioso que el milagro se hubiese producido.

-¿Quién, yo? – respondió seguro de que su padre acababa de decir las más solemne de las tonterías - ***No, papá yo... yo era el tigre, claro...***